

**CORAZÓN CHAMPETÚO: UN TRIBUTO A TRES MÚSICOS DE LAS CALLES
CARTAGENERAS**

ANDREA MORANTE ÁLVAREZ

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE COMUNICADORA SOCIAL

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
BOGOTÁ
2016**

Artículo 23

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

AGRADECIMIENTOS

A las familias y amigos de los cantantes que escogí para esta investigación; a mis amigos, por alentarme y ayudarme; a Maryluz, por convencerme de este tema y estar pendiente de mí; a Germán, por aceptar esta tesis; a Diego, por diseñar un especial que me encantó; a Alejandro, por acompañarme en el proceso; a mis papás, los más importantes, porque por ellos estoy aquí. Gracias, los adoro.

Contenido

Introducción.....	10
1. ¡Te volaste la cerca!*	11
2. ¿Y entonces qué, te quedaste mudo?*	23
3. El columpio*	29
Conclusiones.....	37
Bibliografía	38

Introducción

Aunque incomprendida y estigmatizada, la música champeta ha sobrevivido por décadas a los vaivenes de sus detractores.

El que sigue a continuación es un trabajo centrado en tres de los más grandes exponentes de este ritmo caribeño, tres hombres que hoy están muertos pero que diversificaron e internacionalizaron el género musical que identifica a la cultura popular de Cartagena.

Esta presentación, titulada ‘Corazón champetúo’, combina distintos lenguajes periodísticos que se complementan con el fin de que el visitante pueda ver, escuchar y leer sobre la champeta, además de conocer las historias de ‘El Sayayín’, ‘El Jhonky’ y ‘El Afinaito’.

Por un lado, se incluyen tres perfiles escritos de los tres cantantes, y por otro, el especial multimedia comprende cinco grandes secciones: la primera, ‘Los personajes’, resume a través de fotografías y videos los legados musicales de estos cantautores; la segunda, ‘Orígenes’, resume el contexto histórico y la evolución de la champeta; la tercera, ‘Los propios champetúos’, recopila una selección de 28 artistas, en su mayoría cartageneros, que marcaron los inicios, el desarrollo del ritmo y las mezclas que actualmente se escuchan; la cuarta, ‘Lo de hoy’, explica el estado actual del género y la lucha de sus defensores por convertirlo en un verdadero patrimonio inmaterial de La Heroica; por último, en los ‘tips’ se recomiendan algunos de los lugares cartageneros más populares, donde las personas pueden conectarse con esta música.

‘Corazón champetúo’ representa una defensa y un reconocimiento a las clases populares de la costa caribeña, pues la champeta es una expresión artística que funciona también como un escape de los problemas cotidianos. El baile, los movimientos y las letras condensan la cultura de las clases bajas y plasman un ‘freno’ a los tradicionales estigmas que se tejen alrededor de esta música.

1. ¡Te volaste la cerca!*

Perfil de Jhon Eister Gutiérrez (El Jhonky)

Cuando Ayda Cassiani caminaba hacia su casa en el barrio Olaya de Cartagena y le decían que su hijo era cantante de champeta, la incredulidad le ganaba la batalla.

–Señora Ayda, ¿usted sabe quién canta ahí?

–¿Por qué me preguntas eso? ¡Eso es música mundana!

–¡Ese es su hijo!

–¿Mi hijo? ¡Mi hijo está en la iglesia!

Ayda no le dio importancia al episodio, pero más adelante apareció otro vecino que la detuvo sin ninguna delicadeza.

–Jefa, jefa, ese disco que está sonando es del Jhonky.

–¿Qué Jhonky? ¡Yo no tengo ningún hijo Jhonky!

Jhon Eister tenía apenas 17 años y cuando su mamá llegó a casa ese día, se apresuró a decirle con suprema cautela: “Mamá, hice algo, pero no me regañe...yo grabé un disco de champeta pero no sé si se va a pegar”. Semejante noticia le puso los nervios de punta a Ayda, una mujer cristiana que solo veía pecados en ese género musical.

Al recurrir a la pastora de la iglesia a la que asistía, su respuesta siguió mostrándole señales que no podía ignorar. “Quítate, no lo cuestiones, déjalo grabar. Dios es el que sabe”, le aconsejó. Así lo hizo, no sin antes pedirle a Jhon Eister que se cuidara y no dejara nunca de orar.

“El Pegoste” fue un éxito total en el barrio, tanto que hasta con los calderos le seguían el ritmo. “Yo me quedé quieta y me dediqué a ayudarlo con oraciones”, recuerda Ayda. Y entonces, comenzó todo.

Se voló la cerca

Una película gringa de 1980 sería la primera inspiración para el Jhonky y sus más cercanos amigos. “El fabricante de ídolos” (título original: *The Idolmaker*) recrea la historia de Bob Marcucci, un reconocido productor y manager estadounidense que descubrió, entre otros, a los cantantes y actores Fabian Forte y Frankie Avalon. La película caló hondo en la mente de estos humildes olayeros, quienes se convencieron de que también podían convertirse en artistas. “El man [el personaje de Marcucci] era un mesero sin plata y así solito pudo hacer el ídolo”, me explica Abel Rodríguez, un poeta que compuso junto al Jhonky la mayoría de sus canciones.

Las reuniones empezaron a organizarse en casa de Abel y duraban hasta las 11 de la noche. Acostumbraban sentarse bajo un árbol de ramas gruesas al que apodaban “el palito de la soledad”. Poco a poco varios jóvenes del barrio se unieron al grupo y conformaron “Los Jordan de la champeta” en honor a Michael Jordan, un personaje al que seguían aunque nada tuviera que ver con la música; eso sí, tenían las gorras y hasta los zapatos que se asemejaban a los del deportista gringo.

Detrás del Jhonky también estaba Juan Carlos Rodríguez, hermano de Abel y productor musical. En ese tiempo se hacían muchas versiones (en inglés *covers*) de discos africanos, lo que se llamaba popularmente como “champeta gruesa”. Es por esto que el Chamba, representante del picó Gémini, se sorprendió cuando Juan Carlos le mostró la canción “Lágrimas de un corazón” con la voz del Jhonky. “El disco tenía un pedacito que se me quedó pegado; decía ‘yo lo sentía brother, como me lastima’. Este pelao transmite cuando canta, cuando lo escuchas te gusta”, recuerda. No pasó mucho tiempo antes de que Gémini Music, en cabeza del productor Luis Cuéllar, firmara un contrato con Jhon Eister.

Pero esta no sería la canción que lanzaría al Jhonky a la fama champetúa de Cartagena. Corría octubre de 2001 y el Chamba buscaba sin éxito a quién darle una pista para que sacara una buena letra. Casi a regañadientes, el Jhonky acepta el encargo, pues no era su estilo trabajar con *covers* sino hacer sus propios arreglos musicales. Junto a Abel, componen “Te volaste la cerca” a partir de una poesía. “Nosotros ya teníamos la idea de que el romanticismo combinado con la alegría funciona”, me explica el poeta. El coro de la canción, donde la gente se espeluca, dice así:

Te volaste la cerca...
He analizado el punto de tu partida

*y el resultado es patraña y artimaña.
Cuando tú ibas,
ya yo venía
y lo que ibas a buscar, ya yo lo traía.*

Luego de tres días el Jhonky presentó la canción en el estudio y la sorpresa fue infinita. El Chamba me explicó lo que sucedió haciendo una comparación: “Es como si te ponen a jugar en un campo de barrio y luego de repente te ponen a jugar en el Real Madrid y también lo haces bien”. “Te volaste la cerca” fue un éxito novembrino (en Cartagena este mes es, entre todos, uno de los más festivos). Primero el Chamba la ponía de puro calentamiento, pero hasta los niños del barrio exigían en conjunto que la repitieran una y otra vez. Hasta a Arjona –un municipio cercano a Cartagena– llegó la canción y fue la locura, según me contó el Chamba, a pesar de que nadie conocía al Jhonky. “Si tú colocas un disco nuevo de un cantante nuevo y resulta que gusta, entonces eso es un fenómeno. Si yo escucho un disco con la voz de Diomedes, pues yo le presto atención al disco porque es Diomedes. Pero con el Jhonky fue diferente. La gente no sabía quién era y le encantó”.

En contravía, el gobierno de turno de la ciudad tenía el género en la mira. Sobre la base de que era música vulgar y plebe, querían prohibirla. Con ironía, el Jhonky tituló su primer CD “Prohibida la champeta”, un éxito en ventas que incluyó su famosa canción “Te volaste la cerca”.

Una casa de plástico y cartón

A los 14 años, Ayda Cassiani salió de Simití con rumbo a Cartagena. En 1979, 11 años después, nació Jhon Eister, y más tarde, su hermano Ludwing. Durante varios años la familia de tres vivió alojada en una casa muy cerca de la iglesia cristiana Manantial Abierto hasta que surgieron discordias que la obligaron a buscar un nuevo hogar. Y como caído del cielo, apareció en la escena Oscar Hidalgo, un hombre humilde que residía por la zona. “Yo andaba en ese tiempo en una carreta de caballo. Un día voy a botar una basura y veo a la señora durmiendo en una banqueta con los hijos”. Días después, luego de que una conocida de la iglesia le pidió ayudarlos, Ayda se presentó en su casa. Oscar dialogó con su esposa Margarita sobre la posibilidad de recibir a los nuevos inquilinos y decidieron aceptarlos. En ese tiempo la casa no tenía plantilla, pero como pudieron armaron una camita para que durmieran los tres.

El pago del arriendo duró poco, pues Ayda supo ganarse a sus nuevos protectores. No era para menos, porque en la casa vivían casi 20 personas entre las dos familias. Recomendada por Oscar, Ayda comenzó a trabajar como empleada doméstica hasta que en 1991 pudo comprar un pequeño lote contiguo por aproximadamente \$15.000, donde por fin pudieron construir su propia casa. “Primero la hicimos de cartón; yo cogía una escalera y pegaba plástico con tapitas de tomate y de gaseosa, y le pusimos una teja que el señor Oscar consiguió en Manga. Veíamos las serpientes cruzar cerquita en invierno”, me contó Ayda mientras recordaba aquellos duros años. “Yo vivo muy agradecida con los Hidalgo. Allá llegamos solamente con el plato de Jhonny, de Ludwing y sus trapitos. Así vivía yo”.

El Jhonky encontró inspiración para sus canciones en todas estas experiencias. En “Arroz con lenteja”, por ejemplo, rememora la escasez en medio de la que vivían.

*...aunque tengas un pantalón o que no tengas pal' arroz
pero eres el campeón, no se te olvide
que el de arriba es el que manda la salida,
que te dice sí o no
porque es que yo antes no tenía,
vivía y sufría en una casa de cartón*

Muy pronto la casa de cartón se convirtió en una casa de cemento cuando Jhon Eister firmó con Gémini Music. Después de que Luis Cuéllar le dio ropa y zapatos nuevos, le pagó también 25 millones de pesos en materiales de construcción. Para Ayda fue una enorme sorpresa cuando su hijo mayor se presentó con un maestro de obra y un puñado de materiales para por fin levantar su casa. Todo marchaba bien hasta que el Jhonky alcanzó la fama. Según su madre, más adelante se presentaron varios problemas por la entrega de regalías a través de Cuellar; sin embargo, poco a poco fue cediendo hasta hacer planes para llevar a Jhon a una gira nacional e incluso hacerle un video musical. Estos sueños también se extinguieron cuando en 2004, un año antes de la muerte del Jhonky, Cuéllar fue asesinado en inmediaciones del mercado de Bazurto en Cartagena.

De peluquero a cantante

Cuando Jhon Eister llegó a la casa de los Hidalgo, tanto él como su hermano Ludwing se convirtieron en unos segundos hermanos para los hijos de Oscar y Margarita. Como Ayda

pasaba casi todo el día por fuera trabajando, los niños se quedaban en casa hasta que con el tiempo construyeron una amistad muy cercana. “Jugábamos fútbol, volábamos cometas, nos bañábamos en la playa, hacíamos todo juntos”, me explicó Freddy Hidalgo, quien le llevaba dos años al Jhonky.

A medida que fue creciendo, Jhon Eister se rebuscaba lavando carros y hasta vendiendo platanitos en el barrio. Los patrones de Ayda pusieron a estudiar a los dos hermanos e incluso emplearon como vigilante al Jhonky en su empresa de electrodomésticos ubicada en el barrio Manga. Más tarde y de la nada, Jhon Eister cogió unas tijeras y se le dio por motilar a todos sus nuevos hermanos. Así fue aprendiendo y llegó a hacerlo tan bien que iban a buscarlo de otros barrios. “Él peluqueaba ahí mismo en la casa y eso se le llenaba de gente porque lo hacía muy bien”. Solo \$2.000 cobraba en esa época.

Según su hermano, la peluquería fue un gran aporte en el sostenimiento de su familia: “Yo andaba por ahí caminando y él concentrado en lo suyo. Era el eje de la casa”. No pasó mucho tiempo antes de que Jhon Eister empezara a reunirse con sus amigos en casa de Abel para componer champeta. A partir de la observación y de experiencias cotidianas en el barrio nacieron muchas canciones, como “La cuarentona”, inspirada en una mujer vecina que nunca se había casado, y “La tiendecita”, que sugería que la dueña de una tienda se ausentaba sospechosamente con mucha frecuencia de su lugar de trabajo.

A pesar del tinte jocoso de varias letras, se nota también un enfoque romántico en la mayoría de composiciones. Leer poesía, como la de Mario Benedetti, lo ayudó a desarrollar la creatividad y enriquecer su lenguaje. Y es precisamente en este punto donde se marca la distinción musical con otros cantantes. Según El Chamba, la champeta del Jhonky era tan extraña para la época que varios picoteros lo rechazaban. Lo que hacía en ese momento era lo que hoy, diez años después, llamaríamos “champeta urbana”, algo que pocos le reconocen.

“Él hizo la diferencia sin pregonar que la iba a hacer”, me explica El Chamba. Y para eso, no le copió nada a nadie. Todas las personas que entrevisté parecen coincidir en que las canciones del Jhonky eran pura poesía: “Con una palabra sencilla como ‘amor’, él sacaba otras 20 para transmitir la idea”, dice su hermano, quien se enorgullece de tener al menos 70 de sus canciones. “Ninguna se parece”, asegura.

Hubo otro elemento que caracterizaba las letras del Jhonky: la alusión a Dios, un detalle que puede pasar inadvertido por muchos, pero que se detecta fácilmente en un recorrido rápido por sus éxitos. Por ejemplo, en “Arroz con lentejas” se puede escuchar la frase “Dios por delante de mí” y en “Al confidente” se encuentra un verso que dice “ay, Dios mío, tú eres el camino”. En otras como “La fiscalía” hay una referencia dialógica: “a Dios le pregunto por qué me tienen amenazado”.

Al parecer, Jhon Eister había empezado a fraguar una transformación de la champeta con la inclusión de Dios en las canciones. “Nos decía que el año entrante iba a cantarle más que todo a Dios”, recuerda Wilson Hidalgo, uno de sus hermanos adoptivos.

Es clara, pues, la influencia religiosa en la vida del Jhonky a través de su madre. El cantante de champeta Louis Towers lo reconoce: “Era un cristiano sin bulla”. Así, mientras otros cantautores hacían canciones similares, repitiendo palabras y ritmos, El Jhonky marcó la diferencia. Para su amigo Edgar Barragán, Jhon Eister “era algo como entre Rafael Orozco y Diomedes”. En este punto me sorprendió que varios compararon a Jhon Eister con Diomedes. “Diomedes fue un cantante desafinado, pero tenía tanto carisma que eso pasaba por encima de su voz. Eso mismo ocurría con Jhon”, me cuenta Towers desde su casa en el barrio El Socorro de Cartagena.

Un champetúo en Nueva York

Cuando en 2002 el productor de eventos Rodolfo Raad decidió promover la champeta en Estados Unidos, una primera búsqueda lo llevó directo hacia El Sayayín; sin embargo, la sorpresa fue grande cuando se dio cuenta de que había otro cantante cuya música también sonaba y gustaba bastante: el Jhonky. Según Abel Rodríguez, “esa era la pareja más adecuada ya que el Saya era el representante más joven del género, además de que era un auténtico espelucador. El Jhonky gustó por ser más romántico y original en sus melodías. El contraste de sus estilos y su color de piel también ayudó a que los escogieran”.

Así fue, luego de varias conversaciones y la inversión financiera de sus respectivos productores y del mismo Raad, el Saya y el Jhonky gestionaron rápidamente los documentos para viajar a Estados Unidos. La emoción de Ayda fue tan grande que fue a despedir a su hijo al aeropuerto, llegando hasta el último rincón que le permitía el mayor ángulo de visión del avión que despegaba hacia tierras desconocidas. Por supuesto, le había echado la bendición.

En el país gringo todo salió a pedir de boca. Especialmente en Nueva York, el Jhonky se sintió cómodo porque se conectó de inmediato con la colonia colombiana de la ciudad, donde para sorpresa de muchos, sí había picós independientes y la champeta agrupaba cientos de seguidores. En ese contexto conoció al Negro Rumbero, un cartagenero con su propio picó que trató de persuadir a su paisano para que se quedara.

En total el Sayayín y el Jhonky dieron tres presentaciones en varias discotecas de Miami y Nueva York. Pocos podrían disentir con el hecho de que eran todas unas estrellas. “El Jhon me contó que fue lo máximo para él, que cuando iban al sitio para cantar, dos hombres monos, altos y gruesos los escoltaban y no permitían que la gente se les acercara”, recuerda Abel.

Para promocionar sus conciertos, estuvieron en un programa de televisión en Miami que fue suficiente para que los champetúos del perímetro se enteraran. Sobre esa aparición ni sus amigos ni sus familiares recuerdan el nombre del programa o del canal, pero sí atesoran una foto borrosa donde puede verse a los cantantes conversando con el que parece ser el presentador del programa; a su lado, aparece también un rótulo con un número telefónico. Entre varias búsquedas por las sabias redes de Internet, pude asociar ese número exacto con un presentador cubano llamado Francisco Hidalgo, quien desde los 90 dirigió “El show de Francisco Hidalgo”, un popular espacio de variedades que se transmitía en el 2002 a través del canal hispano América Tevé en Miami. Y aunque no podría asegurarlo con plena certeza, lo más probable es que ese hombre de traje gris que en la foto se ve de perfil, sea el mismísimo Francisco Hidalgo. Su oreja, su cabello y su frente parecen delatarlo.

Aquel país que había sufrido uno de los peores ataques terroristas de la historia, se había convertido para Jhon Eister en una oportunidad para triunfar. Los 15 días que duró el viaje fueron aprovechados al máximo por este champetúo: se tomó fotos en el profundo agujero que dejó la caída de las Torres Gemelas, conoció la casa del famoso rapero 50 Cent y compró su más reciente disco para compartirlo con sus amigos. Ropa, zapatos, accesorios, en fin; hubo regalos para todos sus seres queridos en Cartagena. “Me trajo un radiquito que funcionaba como un molino y prendía sin electricidad”, recuerda con alegría su madre.

Madrugada fatal

El 30 de julio de 2005, Jhon Eister Gutiérrez Cassiani celebraba en casa el cumpleaños de su esposa Marianis Páez, quien tenía seis meses de embarazo. Hubo una reunión sencilla que terminó temprano, pues al día siguiente Jhon debía partir a Venezuela por compromisos musicales. Pero fue una cita que nunca cumplió. Solo horas después, en la madrugada del 31 de julio, el Jhonky sería asesinado.

La mayoría se apresuró a culpar a su hermano menor; no porque hubiese sido él quien haló el gatillo, sino porque corrió el comentario general de que Jhon había recibido una bala por defenderlo a él luego de que, supuestamente, en una fiesta esa misma noche, se había sobrepasado con la compañera sentimental de uno de los homicidas. Esta idea fue afianzada por la misma Policía que declaró en su momento: “El conflicto que terminó con la vida del cantante tenía tintes pasionales”. Según esta versión, publicada en el periódico El Universal el primero de agosto, Ludwing y el asesino andaban con la misma mujer, y que por supuesto, “Jhon no tenía nada que ver con este asunto”.

Al mismo tiempo, los periodistas que siguieron el caso citaron los testimonios de algunos vecinos y “allegados” que afirmaron cosas como “a él lo mataron porque su hermano estaba metido en una vuelta” y “parece que fue un atraco que le iban a cometer a Alexis [Ludwing]”.

Diez años después, comprobé que la versión sigue viva. “Eso fue un lío de faldas”, me dijo con seguridad una de las personas que entrevisté. Pero hacía falta algo y era más que claro: la versión de Ludwing, el hermano de Jhon y la única persona que estuvo con él en sus últimos minutos de vida.

Cuando nos reunimos en su casa en Olaya me habló sin tapujos y sentí que me entregaba su versión de los hechos como quien entrega algo preciado con la esperanza de ser escuchado. Esto fue lo que me contó:

La noche de ese sábado había un picó que se llamaba ‘el Paski’. Yo era novio de Dina y cuando lo apagaron yo salí a acompañarla a su casa. En la puerta estaba ‘el Buseta’. En una de esas se forma una pelea, pero nada que ver con nosotros. ‘El Buseta’ empezó a decir “yo no como de cantantes, yo te tengo la mala a ti y a tu hermano”. Entonces se me fue encima y empezamos a pelear sin armas. Yo era flaquitico y él estaba grande. Cuando estoy agarrado con él siento la tiradera de peñón y nos corretearon. Dina se metió a su casa y yo seguí y de repente me di cuenta de que estaba cortado en los brazos y botando sangre; pero yo no sentí, no sabía ni quién me había cortado. Un muchacho del otro bonche llegó donde estaba yo y me dijo que Uriel me había apuñalado, y él vivía a cuatro casas del señor Oscar. Yo me fui pa’ mi casa, entré con

cuidadito, le toqué los pies a mi hermano y le dije que saliéramos a la puerta y le empecé a contar todo. Adentro se quedó mi mamá y la esposa de Jhonny.

Entonces le conté lo que había pasado y comenzó a regañarme. “Viste, tú no haces caso, me preocupas”, me decía. Yo le dije que yo no había hecho nada. De repente llegaron Uriel y ‘el Buseta’ a pie. A mí se me subió todo a la cabeza y cuando yo me muevo Uriel comenzó a disparar. Nosotros nos abrimos, mi hermano de un lado y yo del otro; mis amigos se metieron y en una de esas le dieron a Jhonny. ‘El Buseta’ decía “pegáselo, pegáselo”, o sea, incitaba al primo a que disparara. Lo único que Uriel dijo fue “¿qué, te quieres morir?”.

A Jhon le dan cuando empiezan a disparar a lo loco. Yo de la rabia que tenía no le huía sino que iba hacia él. En una de esas yo me caigo y ‘el Buseta’ dijo “pilas le diste, ¡pégale!”, decía que me rematara. Yo me paré y seguí, cuando volteé vi a mi hermano tirado en la carretera al frente de la casa. Me devolví y corrí a auxiliarlo, le preguntaba “¿dónde te dieron?”, y de pronto se agarró ahí en el cuello. Al ratico empezó a salir mucha sangre, lo cargaron y lo llevaron al hospital pero esa bala fue mortal.

Luego del suceso los homicidas huyeron, pero los enfurecidos vecinos la emprendieron contra la casa de Uriel Cervantes Mallarino, quien vivía cerca en el mismo sector. El Universal registró a través de una fotografía el estado en el que quedó la vivienda al día siguiente, e incluso notificó que la familia de los victimarios tuvo que ser protegida por la Policía para evitar una tragedia mayor.

Antonio Ortiz Mallarino, alias ‘el Buseta’, fue capturado una semana después. En primera instancia, El Juez Cuarto Penal del Circuito de Cartagena condenó a Ortiz a 27 años de cárcel al ser declarado coautor de los delitos de homicidio agravado y porte ilegal de arma de fuego.

En 2006, Uriel Cervantes fue hallado muerto en un municipio de Atlántico. Poco se sabe sobre el crimen. Más tarde, en 2008, un segundo fallo revocó la sentencia del Buseta al considerar que solo acompañaba al autor físico del hecho. Tan solo tres días después, en el mismo barrio donde murió el Jhonky, fue asesinado con cinco disparos.

Una envidia alimentada por el triunfo de los hermanos Gutiérrez Cassiani habría sido la verdadera causa del asesinato de Jhon Eister. Mientras me mostraba las cicatrices que todavía tienen sus brazos y que le recuerdan ese trágico día, Ludwing me explica que todo lo que hizo la gente fue especular sin saber realmente lo que había sucedido. “A mí nunca ni la prensa me

entrevistó, siempre llegaban y le preguntaban a alguno por ahí, y lo que decían eran cosas como que había sido por problemas pasionales... y todo eso es mentira. Desde niños nos tenían esa rasquiñita, mi hermano siempre se agarraba con 'el Buseta' desde pelaitos. Cuando mi hermano comenzó a cantar y a volverse famoso como que le creció más la envidia”.

Pero la muerte aún no había dejado en paz a los Gutiérrez. En 2012, un accidente de tránsito acabó con la vida de Marianis, la esposa del Jhonky. La niña que no conoció a su padre y que ahora había perdido a su madre, encontró en la música la oportunidad perfecta para rendirle homenaje a Jhon Eister. Hoy, Leydi Jones, de once años, hace parte de “Alto Nivel”, una agrupación musical dedicada a la champeta urbana y que ya cuenta con varios éxitos como “No me le pegue al perro” y “La colegiala”.

“Por ahí dicen que soy el más pegao”

Como a pocos, la fama no le nubló la mente a Jhon Eister. Cuando sus familiares y amigos empezaron a decirle que era “el más pegao”, ni él mismo se lo creía. Caminaba con pena por las calles de su barrio porque sentía que todo el mundo lo miraba. Y esa incredulidad la transmitía también en sus canciones: en varias se puede escuchar que dice “por ahí dicen que soy el más pegao” e inmediatamente enfatiza “eso dice la gente”. Su amigo Edgar Barragán me contó que al principio los vecinos no creían en su música, pero que rápidamente se tragarón sus palabras. “Los mismos que se burlaban de él luego pasaban por aquí a buscarlo”, me explicó, mientras me señalaba un palito de almendras en el que se reunían a jugar damas. “El poeta abelito y los demás dicen que eso abre el cerebro. A Jhon le iba excelente, era muy buen jugador”.

Desde muy joven, Jhon Eister se había convertido en la cabeza de su hogar pues su padre biológico los había abandonado. En Oscar Hidalgo encontró un padre que siempre lo apoyó y cuidó de él. Aún hoy, este protector recuerda con nostalgia las repetidas veces en que Jhon Eister le agradecía por todo lo que había hecho por su familia. Finalmente Oscar, que se opuso –como Ayda– al tema de la champeta, terminó encarrilándose con los temas del Jhonky.

Freddy Hidalgo, uno de sus hermanos adoptivos, tampoco olvida que fue Jhon Eister quien le ayudó a volver con su mujer luego de una separación. La carta que Jhon escribió y que Freddy firmó con su nombre, fue el sello de la reconciliación. “Yo volví con Freddy enseguida. Las palabras eran muy lindas y muy sentimentales. Después me enteré de que había sido Jhonny”, recuerda entre risas la mujer.

La inesperada muerte puso en aprietos a los Gutiérrez Cassiani, quienes tenían al Jhonky como el sostén de la familia. Con una bebé en camino, varios allegados ofrecieron ayuda. Solo un día después del asesinato, Louis Towers organizó un baile en el barrio Blasdelezo en el que recogieron \$760.000 para Marianis. “Aquello fue muy fácil, todo mundo llegó y aportó. Recuerdo que había una muchacha cartagenera que vive en Nueva York y ella dio \$200.000”. Por su parte, ‘el pytu’, como le dicen a Ludwing, tuvo que afrontar a los 22 años todas las responsabilidades que tenía su hermano mayor. “Ahí fue que yo miré las cosas como eran, me puse a trabajar y ahí poco a poco salimos adelante, pero al principio fue muy duro”, afirmó.

Pero un rayo de alegría se asoma cada 31 de julio en el barrio Olaya de Cartagena. Un año después de la muerte de Jhon, un muchacho del picó “Super yanki” se apareció en la casa de Inelsa de Horta (una vecina de la familia) con una pequeña consola que pusieron a andar con las canciones del Jhonky. El rumor se propagó y sin planearlo, bailaron hasta el amanecer los ritmos de “La fiscalía” y “Cuatro rosas”. El evento, que ya se formalizó, no deja de hacerse desde entonces. Según Inelsa, la fiesta “ha caído lunes, martes, y la gente no tiene que ver con eso. Siempre se llena”.

Al encargado de regar la bola todos los años le dicen “El Fo”. Él es quien sagradamente contacta a las emisoras y periodistas para ver si alguno se anima a publicitar la fiesta, que es gratuita y de libre acceso para todos. Inelsa guarda con recelo un enorme pasacalles con la foto del Jhonky que siempre cuelga cada 31 de julio. Pese a que van más de diez años, la gente no se aburre. “Yo le pregunto a la gente ‘¿ya este es el último?’, pero la gente siempre me grita ¡No!”, asegura entre risas.

Jhon Eister Gutiérrez Cassiani, a quien también lo llamaban “El Bob Marley de la champeta”, es recordado por su humildad y especialmente por su originalidad en las composiciones. Para Junior Records, uno de sus amigos más cercanos, “las letras de él eran poesía. Ahora la letra de una canción se basa en una estrofa-coro, estrofa-coro. El Jhonky tenía canciones desde el principio hasta el final sin repetir ni una palabra, y eso se lo aprendía la gente. Uno en estos momentos hace una canción de esas y eso no se pega; tiene que hacer un coro pegajoso y repetirlo dos y tres veces. Y en la época del Jhonky ni una estrofa se repetía y la gente se la aprendía; se aprendía hasta las cobas”.

Al menos 7.000 personas asistieron al funeral del Jhonky, lo que demuestra que en poco tiempo logró ganar más seguidores de los que otros cantantes no consiguen en toda una carrera. Aunque pocos lo conozcan hoy, todavía en Cartagena hablan de él cada año como si fuera un verdadero profeta del género. Recuerdan también, como en su canción “La bala perdida”, que esa muerte fue una injusticia: “Tengo la conciencia limpia, porque decían que yo era el malo. Fuiste una bala perdida que se metió en mi vida para hacerme daño”, reza la letra.

Jhon Eister siempre soñó con que la champeta se escuchara algún día en el Madison Square Garden de Nueva York o por lo menos en las festividades del Reinado Nacional de Belleza de Cartagena. Y aunque solo lo segundo se ha cumplido, yo también espero que muy pronto sea posible lo primero.

***Número de palabras: 4768.**

2. ¿Y entonces qué, te quedaste mudo?*

Perfil de Jhon Jairo Sayas (El Sayayín)

En 1996 nadie daba un peso por la voz de Jhon Jairo Sayas. Los productores musicales de Bazarro se burlaban de aquel jovencito flaco y ñato que tenía la ilusión de muchos: ser cantante de champeta. No pasarían muchos años para que los más incrédulos se tragaran sus palabras, pues Jhon Jairo no solo se convertiría en el primero –y único hasta hoy– en firmar con la reconocida casa Sony Music, sino que sería el culpable de la internacionalización de la champeta, al mismo tiempo que rompía las barreras socioeconómicas que arrinconaban el género en los sectores más pobres de la ciudad.

“Yo te bautizo ‘el Sayayín’”

Con solo 14 años Jhon Jairo logró armarse de valor para visitar al productor cartagenero José Quessep en su casa ubicada en el barrio Olaya de Cartagena. Allá llegó con un baldecito desgastado como su único instrumento y a capela cantó su primera composición titulada “El escándalo”. Su voz no era afinada ni potente, pero tenía un ritmo especial que convenció a Quessep para que grabaran la melodía que en pocos días se pegaría por todo el barrio.

La canción, de hecho, era la pura reproducción de una anécdota familiar. Según Luz Marina, la madre de Jhon, todo empezó cuando corría el rumor de que un sobrino se había robado una cadena. “¡Yo no quiero escándalo aquí ni que venga la Policía a molestar, si tienes esa cadena búscala!”, le gritaba Luz Marina al presunto ladrón. Y entre reclamos y discusiones, ninguno se percató de que muy cerca en el patio estaba Jhon Jairo absorbiendo la escena mientras escribía su primer éxito.

*Yo no quiero escándalo en la casa
regresa la cadena que tú te robaste
por ahí dice la gente que tú la robaste*

*Dónde está, dónde está la cadena
se formó, se formó el escándalo*

Su nombre artístico no tardó en aparecer por cuenta de José Quessep cuando un día sorprendió a Jhon viéndose “Dragon Ball Z”, un programa animado japonés muy popular en los 90. “Yo lo fui a buscar para ir a grabar y preciso en ese momento el muñequito se estaba convirtiendo en super sayayín, entonces yo le dije ven acá, tu apellido es Sayas, desde hoy te bautizo ‘el Sayayín’”.

El apodo le cayó a la perfección, pues así como un super sayayín, la fuerza musical de Jhon era imparable. La siguiente canción, titulada “La píldora”, fue más exitosa que la anterior, lo que

hizo que los mismos que una vez lo habían rechazado, ahora llamaran a su productor para ofrecerle contratos y beneficios. La promesa de la champeta apenas cumplía 15 años y llegaba, sin saberlo, exactamente a la mitad de su vida.

Champeta por lo 'high'

Cuando en agosto de 2007 nació la orquesta Cartagena Caribe Big Band, uno de sus participantes sorprendió a todos cuando eligió precisamente una canción de Jhon Jairo para la inauguración de la gran banda en el opulento Teatro Adolfo Mejía en La Heroica. Henry Char, un reconocido músico y productor cartagenero, recuerda al Sayayín como un cantautor de champeta fuera de lo común. “Yo quería experimentar con un arreglo y ser un poquito más irreverente, así que propuse hacerlo de ‘Paola’, una canción que estaba muy pegada en ese momento”.

Luego de que Quessep y Jhon Jairo aceptaran el trato, comenzaron las prácticas con el piano de Henry y así prepararse para el gran día. La noche del 17 de agosto no había una sola silla libre en el teatro. Los arreglos de 15 de las 16 canciones que hicieron parte del repertorio fueron elaborados por el director de la orquesta, Francisco Fortich; el otro, el único de champeta, fue obra de Char. Y allí, en el centro de la tarima estaba el Sayayín, quien había puesto problemas para ponerse saco y corbata, como lo ameritaba el magno evento.

“Yo le dije, vamos a comprar unos zapatos Nike negros y vamos a comprarte un overol, y con todo eso el overol se lo arremangó hasta arribita. Entonces no quería corbata ni nada de eso y le puse una chaqueta y le compré su gorra”, recuerda Quessep. En efecto, en un video de la presentación, Jhon Jairo aparece con ropa informal mientras animaba al público justo delante de Henry, quien dirigía la orquesta conformada por más de 20 músicos veteranos.

El Club Cartagena, sitio de encuentro para los adinerados costeños, también fue uno de los escenarios donde Jhon Jairo amenizó distintos eventos. Fue la estrella del show en los grados del colegio Jorge Washington e incluso, según Quessep, le cantó a 30 senadores en un barco. Al Sayayín también lo vieron los colombianos en “Las tardes de María C.” y en el show de Jorge Barón. Hasta Estados Unidos fue a parar en 2002, cuando viajó en compañía del Jhonky para promover el popular ritmo cartagenero.

A pesar de su indiscutible éxito en el mundo champetúo, sus más allegados amigos y familiares afirman con certeza que a Jhon Jairo nunca se le subió la fama a la cabeza. Parecía como si fuera una persona en el escenario y otra completamente distinta en sus relaciones cotidianas. Su hermano mayor Fabio, recuerda que su extraña personalidad a veces producía malos

entendidos: “Si tú no le creabas conversación, él no te hablaba. En las mañanas a todos nos acostumbraron a decir ‘buenos días’, pero él solo hablaba hasta que se comía su café y su pan. Por eso varios lo trataban de estirado, pero no era así”. Sin embargo, cuando cogía confianza era el protagonista de las reuniones sociales.

Para Towers, el Saya era el mamador de gallo más grande del mundo y muchas de sus vivencias terminaban convirtiéndose en chistes que él mismo replicaba. En eso coinciden todos sus amigos. Charles King, por ejemplo, se niega rotundamente a imitar su humor: “No puedo echarlos con el carisma que los echaba él”, señala. Aún así, no puede contener la risa al recordar que el Saya le tuvo que pasar el teléfono varias veces a un taxista porque no podía pronunciar la palabra “procuraduría”, una indicación especial para llegar al hotel donde se hospedaban en Bogotá. Entre risas y nostalgia, Charles también recuerda cuando lo acompañó a su primer concierto en las fiestas de Montería. “Después de los toques se tiraba en la cama y me decía: ‘Charles, esto sí es vida, quedémonos una semanita más aquí’”. Jhon Jairo recién cumplía 16 años y ya se codeaba con los mayores exponentes de la champeta. Aún no lo sabía, pero él también se convertiría en uno.

Catorce años de amor

Cuando Ivonne de la Espriella aceptó a regañadientes la invitación de una amiga para asistir a un concierto del Sayayín en Barranquilla, no se imaginó que conocería al padre de sus dos hijos. “Yo no quería ir porque a mí no me gustaba la champeta, pero acepté y estuvimos en el camerino porque una de mis amigas era esposa del organizador del evento”. Allí vio a Jhon Jairo por primera vez, mientras era asediado por decenas de fanáticas que querían conocer al cantante del momento.

Ivonne sonríe al recordar aquella noche y confiesa que probablemente esa indiferencia que le mostró a Jhon, fue la que hizo que se fijara en ella. Luego de que el Sayayín le preguntó si quería tomarse una foto con él y ella respondió con un tajante no, la atracción empezó a sacudir el ambiente. Al día siguiente, Jhon grabaría el video de “La voladora” por lo que no pudieron hablar mucho, pero solo unos meses después en los que intercambiaron llamadas y viajaron juntos, finalmente decidieron conformar una familia en Cartagena.

A la ciudad del Dulce Nombre

Del boom que tuvo la champeta en el año 2000 poco quedaría en 2008, cuando agobiado por problemas económicos y especialmente por el amplio espacio que ganaba el reguetón en las

emisoras, Jhon Jairo y su mujer decidieron mudarse a Sincelejo en busca de nuevas oportunidades. En la capital de Sucre, donde todavía gozaba de fama, el Sayayín hizo amigos rápidamente hasta que conoció al abogado y productor Rafael Moreno. Este sincelejano sería su nuevo mánager y quien lo introduciría a Sayco. “Busque todas sus letras porque usted está perdiendo plata. Eso hay que meterlo en Sayco”, le decía a Jhon Jairo, quien acogió sus consejos para muy pronto alzar nuevamente el vuelo.

Sin duda, la relación con este productor estuvo llena de innovaciones para la champeta. La primera propuesta fue hacer una fusión entre el ritmo cartagenero y el porro. “Apuéstale al man” es una canción donde puede verse a un Jhon Jairo maduro que le canta a Dios.

*Cualquier meta
o el sueño que tú tengas*

*con la mano de Dios
no habrá quien lo detenga*

*con la mano de Dios
no habrá quien lo detenga.*

*Apuéstale entero al man
porque es un duro ese man
y todo el que lo ha retado
al suelo siempre va a dar.*

Aquel muchacho flaquito y desgarrado se había esfumado. Ya no se ponía pantalones anchos ni usaba dos camisas para disimular su delgadez. “Cuando nos mudamos a Sincelejo, él se transformó, se engordó y se veía grandote. Prácticamente la gente ni lo reconocía”, recuerda su esposa Ivonne.

Y luego, de la nada, llegó otra increíble propuesta para Jhon Jairo: hacer una champeta basada en un poema escrito en el siglo pasado por el artista cartagenero Daniel Lemaitre. Se trata de “El alcatraz”, compuesto por cuatro estrofas que hacen honor a un ave tranquilo de pico largo que con frecuencia puede verse en las aguas de Cartagena, especialmente en el mercado de Bazurto. El blanco animal es tan propio de la ciudad que incluso se le ha dedicado una imponente escultura ubicada en la Avenida Santander frente al mar, y que también le hace

honor al reconocido poeta.

Manuel Lozano fue el encargado de dirigir el video de la nueva canción del Sayayín, a quien recuerda como un hombre tímido y comprometido. “Él empezó a preocuparse por saber quién era Daniel Lemaitre y hablamos muchísimo al respecto con el fin de preparar un buen discurso para cuando le preguntaran”, señaló. Y a pesar de que Lozano y sus colaboradores estaban dispuestos a elaborar algo totalmente atrevido, Jhon Jairo sentó su voz y no permitió que las modelos se destaparan tanto; además, decidió ser prudente con el baile y dejar los pases sugestivos para otra ocasión. El video, que puede encontrarse en YouTube, deja ver a un Sayayín alegre pero discreto, replicando con valioso ritmo los versos de “El alcatraz”.

*Llega cuando el invierno empaña el día
y, heraldo de la recia tribunada,
bate por la quietud de la enseada
el remo gris de su melancolía...*

*De pronto corta el vuelo; se diría
que lo ha herido la muerte a la pasada,
y cae como cosa abandonada
y rompe el vidrio azul de la bahía.*

La lucha final del super sayayín

Para Ivonne, cada 26 de junio es un calvario. Mientras toma fuerzas y contiene las lágrimas recuerda aquel día de 2012 en el que un error se llevó al amor de su vida. Eran las 7:35 de la noche y el Sayayín se había reunido con unos amigos para tomarse unos tragos en el estadero “Mi hermano y yo”, cuando de repente fueron atacados por sicarios que dispararon contra los que estaban en el lugar. El Sayayín fue víctima de una bala en la espalda y rápidamente fue embarcado en un taxi que lo llevó a la clínica más cercana.

“Ese día me sentía mal y cuando estaba en una tienda comprándome una pastilla, yo veo que pasa una ambulancia durísimo, pero no me imaginé que Jhon Jairo iba ahí”, recuerda Ivonne, quien me cuenta la historia al lado de su hijo menor, Yansueth.

Aún sin saberlo, Ivonne volvió a casa y vio un puñado de gente que ya se había enterado del atentado al Sayayín. Entre el llanto y la zozobra, Ivonne fue de inmediato al hospital. “Cuando entré, uno de los vigilantes me cogió la mano y corrió conmigo para que yo alcanzara a hablarle

antes de que entrara a cirugía, pero no, no alcancé”.

Fueron 19 días de altibajos en los que Jhon Jairo resistió y luchó como un verdadero super sayayín para ganarle la batalla a la muerte. Pero no pudo. A pesar de las transfusiones y las acciones médicas, Jhon Jairo falleció el 15 de julio de 2012 en la clínica Reina Madre de Sincelejo. Según Ivonne, durante su agonía solo preguntaba por algo: sus hijos.

Más tarde, los medios de comunicación se encargaron de difundir una teoría sobre el asesinato que se confirmó cuando los mismos sicarios confesaron ante los tribunales. Al parecer, todo había sido una cruel jugada del destino. Según sus declaraciones, el atentado no iba contra nadie específico; simplemente querían infundir miedo para obligar al dueño de la tienda a que pagara una vacuna.

La noticia de la muerte de Jhon Jairo no solo estremeció a sus familiares y allegados sino a los miles de seguidores que esperaban acompañarlo una última vez en su camino hacia el cementerio. El 16 de julio de 2012 una enorme caravana partió desde Sincelejo y tuvo que detenerse en cada pueblo por pedido de sus habitantes, quienes también le hicieron un sentido homenaje al recordar sus canciones.

A las 5:46 de la tarde entró el coche fúnebre a Cartagena. Todos querían ver al Sayayín por última vez. El llanto se apoderó de asistentes y curiosos que se amontonaban para al menos tocar aquella fría caja de madera que resguardaba en paz al cantante que muchas veces los había hecho gritar de emoción en fiestas y conciertos. Cuando los ánimos se calmaron, lentamente empezaron a retumbar en perfecta armonía las canciones de su ídolo, aquel que los hacía reír con sus bromas, pero que ahora dormía en un silencio eterno.

***Número de palabras: 23**

3. El columpio*

Perfil de Sergio Liñán (El Afinaito)

El 29 de diciembre de 2012, Sergio Liñán Meza estaba haciendo lo que más le gustaba: cantar. Llegó a las 3:30 de la tarde al estudio de su amigo y productor Wilson Mejía, más conocido como Junior Records, en el barrio Los Almendros de Cartagena. La costumbre era montar la pista y dejar a Sergio solo en el estudio para que practicara. Las cámaras de seguridad del lugar grabaron el episodio de principio a fin. "Tú veías que él estaba gozándose solo su disco", recuerda Junior, y eleva una carcajada. La canción que Sergio grabó ese día nunca se hizo pública. Se llama "Esta es mi noche". Y esa noche murió.

"Este pelao es afinao"

Sergio era tan tímido que un amigo tuvo que llevarlo casi obligado a la casa de 'el Chamba' – uno de los representantes del reconocido picó Gémini– para que por fin se diera a conocer. Corría 1996. "Tenía cara de todo menos de cantante", me cuenta 'el Chamba' cuando evoca el breve encuentro. En ese momento, Sergio hizo énfasis en que nunca había cantado champeta, que lo suyo eran las baladas románticas. Sin embargo, peleando internamente con el retraimiento de Sergio, 'el Chamba' lo invitó a componer champeta y le pidió que le llevara una canción. Días después, se apareció con "La Chula".

Al escucharla, 'el Chamba' decidió llevársela a Romi Molina, un productor musical con oído agudo que sabía distinguir el talento con facilidad. Sergio llegó al estudio asustado y emocionado, como un niño que ve por primera vez un juguete en Navidad. Apenas empezó a cantar, Romi se quedó viéndolo asombrado y no tardó en aceptarlo. "Miércoles, este pelao es afinao", le dijo al Chamba de inmediato. Desde ese instante a Sergio ya no lo llamaban Sergio, lo llamaban 'el Afinaito'.

Para entender mejor cómo se gestó la champeta es necesario tener clara su influencia africana. En un principio, se oían las canciones originales que llegaban a Cartagena a través de barcos, encargos y visitantes. En vista de que era complicado mantener una oferta actualizada de discos africanos, los picoteros decidieron imitarlos contratando productores locales que aislaran las pistas para ponerles nuevas letras.

Una de esas pistas le fue entregada al Afinaito para que hiciera lo suyo: componer una letra atractiva que se ajustara a la melodía. El resultado, "La bruja loca", no le gustó al Chamba, así que decidió darle la pista a otro cantante que estaba en ese momento más pegado que El Afinaito. Cuando Oscar William llegó al estudio para presentar su versión, sucedió algo que hoy

parece una señal del destino. Romi olvidó silenciar la voz del Afinaito mientras Oscar estaba en cabina. "Oye, por qué van a borrar la voz del Afinao, esa canción está bacana", le reclamó a Molina. Y es que Oscar no tenía ninguna razón para apoyar a Sergio, pues de hecho le iban a pagar como 300 mil pesos por la composición. Pero lo hizo. Y gracias a ese comentario, 'el Chamba' volvió a escuchar la voz del Afinao, y esta vez sí le gustó.

Era viernes, y temprano en la noche se hacía lo que se conoce como "calentar el picó". Se pusieron dos o tres bafles en la puerta mientras sonaban los discos nuevos de la semana. "Cuando pusimos 'La bruja loca' fue la locura total". Ese fue el primero de muchos éxitos del Afinaito, y a partir de ahí, su carrera musical lo hizo alcanzar la fama.

Le pregunté a Romi si Sergio se había enterado del primer rechazo y la entrega de la pista a Oscar William. "¡Ay oye, me iban a borrar la voz!", habría reclamado después.

El romántico de la champeta

Antes de que le pusieran su mote más popular, a Sergio lo llamaban 'Chayanne' en el colegio debido a sus ya reconocidas letras románticas. El Afinaito es una prueba clara de que la champeta no es, como muchos piensan, una reproducción obscena que repite expresiones sexuales y groseras hasta el cansancio. Según Charles King, uno de los mayores exponentes del género, Sergio era "el rey del despecho, del romanticismo". Sí, seguimos hablando de champeta. Basta con escuchar alguna de sus canciones para confirmarlo. En ellas usaba rimas, juegos de palabras y hasta figuras literarias. Su mayor éxito, "Busco a alguien que me quiera", comienza así:

*Había una mujer que sus ojos eran de fuego
y que sus lágrimas eran gotas de hielo
me dijo que las flores se marchitan de tristeza
cuando las heridas sangran en la conciencia*

El coro hay que gritarlo a todo pulmón mientras se goza el baile. "Busco a alguien que me quiera siempre a mi manera, me decía la dama en su pena, con el corazón sangraooooo" (es importante alargar la última "o", para que se sienta más).

En la mayoría de sus letras son recurrentes las frases de amor y algunas consideraciones sobre la vida y la muerte. "Casi nadie quiere hablar de la muerte, pero él sí hablaba de ella en muchas

canciones", me dice Louis Towers, otro champetúo veterano. Una de las últimas que grabó, y que solo salió luego de su muerte, fue "El columpio". En la letra, Sergio recuerda a dos amigos que perdieron la vida.

*Si hablamos de mis amigos
yo tuve uno que el cáncer se lo llevó
y a mi compadre lo mataron, cuando pienso en él
la vida es linda pero al mismo tiempo es cruel*

Siempre me pregunté a quiénes se refería en la canción, y luego de preguntarle sin éxito a varios conocidos, su madre, Georgina Meza, me dio la respuesta. El cáncer se llevó al Loncho, un gran amigo y vecino de infancia. Y el compadre era Abelardo Pérez, más conocido como Abelardo Plátano, un productor asesinado en 2009 en Bazurto y catalogado por muchos –junto con Romi Molina– como uno de los "papás de la champeta", pues canción donde metía la mano, canción que pegaba.

El coro de "El Columpio" es como las mejores citas de sabios: sencillo pero muy significativo. Muchos sostienen, de hecho, que fue una especie de premonición de su muerte inesperada. En la estrofa puede verse una clara reflexión sobre la incertidumbre y los vaivenes de la vida. Dice así:

*La vida es un columpio que...
sube y baja sin parar
aunque hay muchos que no están
ser feliz contigo es lo que quiero*

"Ese man no le tenía miedo a nada de eso", recuerda Towers, mientras me hace una breve comparación entre la muerte y una lotería. Es cierto. A veces nos pasamos la vida sin aceptar que la muerte es una etapa más. Callamos y preferimos no hablar de aquello, deseando que nunca llegue.

Pero si bien Sergio incluía sin pudor este tipo de temas, parece que en el fondo sí sentía el miedo que siente la mayoría. De hecho, prefería pedirle diagnósticos a su compadre y doctor Guillermo Quintana antes que visitar una clínica. "A él no le gustaban los médicos porque le daba miedo que le fueran a dar una mala noticia", me confesó Sean Paul, su hijo mayor.

“Callarlo era difícil”

En tarima, el Afinaito era recatado y hasta tímido. En sus conciertos y videos musicales puede verse que sus movimientos son sencillos pero siempre en armonía con el espectáculo y especialmente con su público. Su amigo Mr. Black le insistía, con plena razón, que debía moverse y bailar más en el escenario; pero al parecer eran otras las preocupaciones de Sergio. “Nos gustaba la ropa que hoy la gente llama dizque “urbana” y cuando íbamos a comprar a los centros comerciales el Afinaito era el que más regañaba. Decía que no le importaba cómo se vestía sino su talento. Siempre fue desgarbado”.

El asunto tras bambalinas era distinto. Si bien antes de volverse famoso la introversión era uno de los rasgos más claros de su personalidad, después no hubo quién lo callara.

“Nosotros le mamábamos gallo diciéndole que tenía un chip como de 2.000 minutos con una perillita en la cabeza”, recuerda entre risas Romi Molina. Era tan conversador cuando cogía confianza, que muchas veces pasó por prepotente. “Quien no lo conocía le caía mal enseguida. Tenía una arrogancia...pero lo hacía de una forma jocosa” me explica su amigo Junior, tratando de que me quedara claro que en el fondo era solo un tipo al que le encantaba mamar gallo. “Si yo estaba descuidado me daba un beso”, me dice mientras sacude la cabeza y me muestra un montón de fotos donde se les ve felices y disfrutando de la música.

El talento de Sergio era tan grande que no solo escribió éxitos para él sino para otros cantantes, lo que demuestra que en el fondo pensaba en el género. Así lo reconoce el Chamba, quien me explicó que en su momento le compuso a Cándido Pérez y hasta a Mr. Black. “Son pocos los que hacen eso, porque si yo ya tengo mi canción, ¿por qué voy a permitir que otro la vuelva éxito?”. Sergio quería que la champeta triunfara, y él no tenía un camino bien labrado porque como dirían los productores musicales: lo tenía todo. “Él tenía buena voz, componía, arreglaba y tras de todo gustaba”.

Con su familia no era diferente. Georgina, su madre, me contó entre lágrimas que era un excelente hijo. Apenas tuvo dinero le levantó la casa no solo a sus padres sino a su mujer y sus hijos. En vez de rumbear y tomar trago, como se podría predecir en este gremio, Sandra me contó que Sergio prefería pasar el tiempo libre con su familia. “Viajábamos bastante, íbamos para Tolú, para las Islas del Rosario. En Barranquilla duramos 15 días, ese fue nuestro último viaje juntos”.

Hasta a Sony le gustó

A finales de la década de los 90, muchas canciones carecían de letras en castellano. Había un especial enfoque hacia lo jocoso y se usaban de forma reiterada imitaciones de vocablos africanos que nadie entendía. El Afinaito fue uno de los primeros en prestarle atención a los contenidos más allá de las melodías. Esa inquietud la compartió con Mr. Black, uno de sus mejores amigos y hoy el cantante de champeta más popular en Colombia.

"Por eso tomamos el nombre de 'la renovación de la champeta'; empezamos a hacer canciones diferentes y fuimos los primeros en meterle cobas a las canciones, o sea, mandar saludos", me explica Mr. Black en su estudio ubicado en Cartagena. Durante cuatro años, El Afinaito, Mr. Black, Álvaro el Bárbaro y El Sayayín, conformaron el grupo "Los astros de la champeta", dando a conocer la champeta a nivel nacional e internacional.

El boom fue tan grande que en el año 2000 la reconocida casa disquera Sony Music decidió sacar al mercado el compilado de varios artistas bajo el nombre "La Champeta se tomó a Colombia", alcanzando las 60.000 copias vendidas. A pesar de que Sony finalmente firmó un contrato de exclusividad solo con el Sayayín, la música de Sergio ya se escuchaba en todo el país. Estaba en la cúspide de la fama.

Amor picotero

En 1986, Sergio Liñán tenía siete años cuando dejó Isla Fuerte, su lugar de nacimiento, para trasladarse con su familia al barrio Boston de Cartagena. Allí creció y sin planearlo se enamoró de la música, tanto, que apenas pudo se matriculó en la Escuela Superior de Bellas Artes, ubicada en el centro histórico de la ciudad.

Pero también encontró el amor en una mujer. "Nos conocimos en El Rey de Rocha, pero no vayas a escribir eso", me advierte Sandra con voz tímida. Luego ríe. Ella tenía 17 años y Sergio 23 cuando se conocieron. "Yo le dije que si íbamos a entrar al picó, él tenía que meter también a todos mis amigos y hermanos". Desde ese momento comenzó el noviazgo, y Sergio la conquistó siguiendo las reglas básicas del romance: le pidió permiso a la madre de Sandra y la fue a visitar a diario.

Tres años más tarde Sandra salió embarazada y enseguida Sergio le dijo que tenían que

organizarse, así que se fueron a vivir juntos. Luego de Sean Paul nació Dioselín, y finalmente completaron la familia.

Año nuevo sin Sergio

El Afinaito dejó el estudio de Junior Records a las 6 de la tarde y llegó a su casa con nada más que hambre. Sandra le sirvió y dejó que comiera tranquilo, hasta que a las 8 de la noche se sientan en la terraza a conversar como de costumbre. Faltaban solo dos días para año nuevo y Sergio estaba feliz. "Mami, el año que viene nos va a cambiar la vida, vamos a ser multimillonarios", le dijo emocionado a su mujer. Es que el 2013 sería un año lleno de nuevos contratos y oportunidades musicales para El Afinaito, que seguía cosechando éxitos con cada canción que lanzaba.

Mientras departían, Sergio chateaba por celular con Junior, quien le insistía en que saliera a parrandear con él al Rey de Rocha. Su productor y amigo trató de convencerlo diciéndole que había botellas de Old Parr a diestra y siniestra, pero Sergio no aceptó. Ya en ese momento tenía dolor de cabeza y prefirió quedarse con su familia en casa. "Todo bien faltón", le escribió Junior, y Sergio le respondió con un "jajajaja". Eso fue lo último que escribió, pues de un momento a otro, con su hijo mayor cargado en las piernas, sufrió un paro respiratorio mortal.

Contrario a lo que muchos dijeron después, El Afinaito no había tomado alcohol ni pastillas. No había tomado tampoco Vive 100 ni era alérgico al Noraver. Simplemente sucedió. El único síntoma fue un dolor de cabeza al que no le prestó mayor atención.

El 31 de diciembre de 2012 no hubo la acostumbrada celebración de año nuevo. Sergio no estaba y la champeta había perdido también el mismo año al Sayayín, otro grande del género. El Afinaito murió a los 36 años cuando se encontraba en la cima de su carrera musical. Murió, seguramente, como muchos quisieran morir si les preguntaran: junto a su familia, en completa tranquilidad. Aunque se fue muy pronto, la mayoría prefiere recordarlo, y yo estoy de acuerdo, como un hombre que se está "gozando la fiesta", como proclamaba en su última canción.

*Esta noche me emborracho
dénme whisky, dénme trago
me quiero espelucar.*

*Esta es mi noche,
noche de berroche, noche de algarete
esta noche hay fiesta hasta que el cuerpo aguante.*

***Número de palabras: 2397**

Conclusiones

Esta investigación no solo se resume en el año y medio que tardé en terminarla, sino en la aplicación que hice de las herramientas periodísticas desarrolladas durante mi carrera de Comunicación Social.

‘Corazón champetúo’ fue sin duda un ejercicio de reportería integral, en el que utilicé el criterio periodístico para seleccionar las estrategias y lenguajes más efectivos para contar una buena historia.

Para entender la real dimensión de La champeta, hay que oírla, sentirla, ver sus bailes, sus expresiones. Por eso, elaborar un especial multimedia que combinara testimonios, videos, entrevistas, imágenes y documentos fue la alternativa de presentación ideal que puse en práctica para plasmar el rigor que este trabajo merece.

El producto obtenido es una muestra de periodismo digital, una rama que se desarrolla aceleradamente en estos tiempos y que busca que el usuario viva una experiencia innovadora y dinámica gracias a la mezcla de formatos y la sencillez de los contenidos.

En este sentido, se recurrió a un criterio editorial periodístico y estético para retratar una historia popular, con años de supervivencia, en un ‘paquete’ moderno y atractivo que sirve también para atesorar e incluso rescatar un importante patrimonio cultural de la región caribe colombiana.

Bibliografía

Libros

- Abril, Carmen; Soto, Mauricio (2004). "Entre la champeta y la pared. El futuro económico y cultural de la industria discográfica de Cartagena". Observatorio del Caribe Colombiano, Convenio Andrés Bello.
- Cunin, Elisabeth (2003). "Identidades a flor de piel. Lo negro entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena, Colombia". Universidad de Los Andes.
- Lemaitre, Eduardo (1983). "Historia general de Cartagena". Bogotá, Ediciones Banco de la República.
- Muñoz, Sonwyl. Citado por Sanz, María Alejandra (2012). "Fiesta de picó. Champeta, espacio y cuerpo en Cartagena, Colombia". Univesidad del Rosario, Bogotá.
- Perea, Fabio (1996). Diccionario afro-colombiano: afrorregionalismos, afroamericanismos y elementos de africanidad. Corporación Autónoma Regional para el Desarrollo Sostenible del Chocó.
- Quintero, Ángel (2009). "Cuerpo y cultura: las musicas mulatas y la subversión del baile". Madrid. Nexos y diferencias.

Artículos de prensa

- Álvarez, Rubén Darío. (Noviembre 1 de 1998). "Sonidos del África en Cartagena: una historia para contar y bailar". El Universal de Cartagena.
- Ariza, Kevin y Zambrano, Boris. Citados por Zuleta, Melissa. (12 de octubre de 2014). "La segunda ola de la champeta llegó para quedarse". El Heraldo. Recuperado de <http://www.elheraldo.co/tendencias/la-segunda-ola-de-la-champeta-llego-para-quedarse-169678>
- "El Serrucho de Mr. Black conquista España". Vanguardia Liberal. (Marzo 14 de 2014). Recuperado de <http://www.vanguardia.com/entretenimiento/farandula/250348-el-serrucho-de-mr-black-conquista-espana>.
- Manresa, Kim y Ayén, Xavi. "Champeta, la nueva lambada". (Marzo 1 de 2015). Recuperado de <http://www.lavanguardia.com/cultura/20150301/54427755195/champeta-nueva-lambada.html>
- Rodríguez Garavito, César. (30 de julio de 2015). "Dos caras del racismo". El Espectador. Recuperado de <http://www.elespectador.com/opinion/dos-caras-del-racismo>

Artículos de revista

- Aldana, Ligia (2008). "¡Eso va! Memorias/ritmos diaspóricos: la champeta desde donde sea". Revista de Estudios colombianos, N° 32. Bogotá. Págs 24-33.

- Contreras, Nicolás (2002). "Champeta/terapia: más que música y moda, folclor urbanizado del Caribe colombiano". Huellas. Universidad del Norte. N° 67-68. Barranquilla. Págs 33-45.
- Estéreo Picnic 2014: La sabrosura champetera de Charles King. Abril 5 de 2014. Recuperado de <http://www.shock.co/cultura/galerias/estereo-picnic-2014-la-sabrosura-champetera-de-charles-king-54236>
- Mosquera, Claudia; Provansal, Marion (2000). "Construcción de la identidad caribeña popular en Cartagena de Indias, a través de la música y el baile de champeta". Aguaita, N° 3. Págs 98-113.
- Muñoz, Luis Enrique (2002). "La música popular: Bailes y estigmas sociales. La champeta, la verdad en el cuerpo". Huellas. Universidad del Norte. N° 67-68. Barranquilla. Págs 18-32.
- Navarro, Luis (2012). "Emergentes concepciones de ciudad patrimonio a partir del Mercado de Bazurto de Cartagena de Indias: de la ciudad perfecta a la ciudad diversa". Revista digital y arqueológica desde el caribe colombiano. Universidad del Norte.
- Vallejo, Maryluz (2004). Los lectores de Semana (1946-1961): cartas de un país paradójico. Signo y Pensamiento, Vol 23, N° 45. Págs 89-103.

Otros

- Céspedes, Remberto y Bonilla, Gloria (2012). "La champeta: Expresión de lo popular en Cartagena de Indias (1970-2000)". Universidad de Cartagena.
- Contreras, Nicolás (2002). "Champeta/Terapia: un pretexto para visitar las ciudadanías culturales en el gran Caribe". Foro Champeta, vida y ser de Cartagena, Universidad de Cartagena.
- Gutiérrez, Edgar (2011). "De los años 1600"... Bicentenario, educación y afrodescendencia en Cartagena de Indias.
- Gutiérrez, Édgar (2000). "Fiestas: once de noviembre en Cartagena de Indias. Manifestaciones artísticas de cultura popular: 1919-1930". Medellín, Editorial Lealon.
- Mazer, Dulce (2011) "Champeta: 30 años del ritmo cantan medio siglo de historia negra". Recuperado de <http://bicentenario.fnpi.org/cronica04.html>
- Patiño, Frank; Del río, Jairo. (7 de enero de 2015). "Festival de Música del Caribe: Africanía para las clases medias". Blog Acera Izquierda. Recuperado de <https://aceraizquierda.wordpress.com/2015/01/07/festival-de-musica-del-caribe-africania-para-las-clases-medias/>
- Valencia, Iván (2014). Champeta pura. Recuperado de <http://ivanvalencia.co/champeta-pura>